

La Exposición Iberoamericana: monumento a la memoria, víctima del olvido.

Ana Souto Galván

Correo electrónico: ana.souto@ntu.ac.uk

Institución: Nottingham Trent University

Mesa: Memoria del Pasado

La Exposición Iberoamericana (EIA), celebrada en Sevilla en 1929, es un ejemplo muy interesante de esa difícil convivencia entre la memoria, la historia y el olvido en el campo de la arquitectura y el urbanismo. Ideada en origen como una manifestación permanente de las nuevas relaciones entre España y América Latina tras los procesos de independencia, la arquitectura de la EIA se convirtió en un monumento al neocolonialismo que, hoy en día, ha perdido su significado primigenio. De esta manera, me gustaría aplicar la teoría de Peter Carrier (2005) sobre las distintas lecturas y recepciones de un mismo monumento en función de tres momentos cruciales: cuando fue diseñado, cuando fue construido y en la actualidad. Así podré demostrar que el proyecto de recrear la memoria colectiva de las relaciones entre España y sus excolonias no sólo fue frágil desde su proyección, sino que el fracaso de la Exposición Iberoamericana determinó que en la actualidad se haya olvidado el discurso que animó la construcción de todos los monumentos de la misma. El análisis de los estilos arquitectónicos demostrará cómo la selección de ciertos modelos del pasado serán cruciales para la elaboración de la identidad (independiente, neocolonial o neoimperial).

Las guerras napoleónicas y las subsecuentes guerras de independencia en América Latina dejaron a España en una incipiente decadencia que finalmente llegó a su culmen en 1898 con motivo del Desastre. Sin embargo, y a pesar de haber perdido una parte importante de su identidad – un Imperio en el que no se ponía el sol – España mantuvo cierto protagonismo en la construcción de las identidades de las nuevas naciones latinoamericanas. Por una parte, y a pesar del deseo de estas nuevas naciones de ser completamente independientes de la exmetrópoli, las bases de sus nacionalidades se fundamentaban en la lengua, la religión y las costumbres que, en su mayoría, habían surgido y se habían establecido durante la Colonia. Por otra parte, la distorsionada aplicación de la Doctrina Monroe por parte de los Estados Unidos en las repúblicas vecinas puso de manifiesto sus claras intenciones imperialistas en el sur de su territorio.

Como consecuencia de estas acciones, y en aras de forjar una identidad común para el subcontinente hispanoamericano, varios intelectuales se refugiaron en los componentes que definían esa idea de comunidad: la lengua, la historia, la religión, las costumbres... Todos estos elementos provenían de un mismo origen, España, pero al mismo tiempo formaban parte del entramado americano, conformando así un producto híbrido, mestizo: la “raza” hispanoamericana. Cabe señalar, sin embargo, que la idea de “raza”, en este contexto, no se refiere a su sentido más literal, étnico, sino al de comunidad cultural.

Productos de este nuevo énfasis en la reunión de los pueblos hispanoamericanos fueron revistas, congresos y alianzas que reforzaban las relaciones entre ambas orillas del Atlántico. Es en este contexto, en el que se escuchaba la voz de Rodó demostrando las diferencias entre Ariel y Calibán, en el que surge la idea de convocar a todas estas naciones a un certamen de exaltación de la “raza” en Sevilla: la Exposición Hispanoamericana (EHA).

En 1908, una serie de intelectuales sevillanos, regeneracionistas y regionalistas, apoyaron la idea del comerciante sevillano Luís Rodríguez Caso de convocar a las repúblicas americanas a participar en una Exposición Hispanoamericana con la idea de demostrar el interés por reforzar las relaciones entre España y América. Estos intelectuales consideraban que un evento de tal categoría podría conllevar numerosos beneficios para Sevilla: la ciudad se adaptaría a los tiempos modernos, como otras tantas ciudades habían conseguido gracias a la celebración de una exposición internacional; Sevilla, al reanudar las relaciones con América, podría convertirse así en un centro turístico, pero también comercial e intelectual; y por último, podría levantar los ánimos tras el Desastre y, además, demostrar que la Leyenda Negra y los estereotipos del andaluz ya no tenían cabida ni en España ni en Sevilla.

La EHA, que en 1922 se convierte en EIA al acoger la participación de Brasil y Portugal, se basó en los modelos de exposiciones universales ensayados en el mundo occidental que tuvieron su origen en la Exposición de Londres de 1851. En estas exposiciones, sin embargo, los elementos a destacar no eran los lazos espirituales (o neocoloniales) existentes entre un país y sus excolonias; de hecho, la mayoría de los países que organizaron exposiciones internacionales destacaban precisamente lo contrario: el auge de sus imperios. De esta manera, los países que más certámenes celebraron fueron Gran Bretaña y Francia. Paralelo a este ímpetu en la exhibición del mundo colonial, las exposiciones universales hicieron gala, asimismo, de los avances generados como resultado de la Revolución Industrial. Por último, estos eventos, especialmente a partir de 1867, se convirtieron en un tubo de ensayo en el que practicar la materialización arquitectónica de la identidad nacional de los países participantes.

España participó en gran parte de estos eventos, presentándose ante el mundo con los restos del imperio (al principio con Cuba y Filipinas, más tarde sólo con Marruecos y Guinea); con una industria mínima

y en una clara crisis de identidad. La imagen de España en el extranjero pasó de una reproducción del Patio de los Leones de la Alhambra (Londres, 1851) al edificio neoplateresco de Urioste en París (1900), sin olvidar otros intentos en estilo neoárabe, neomudéjar, neogótico, o incluso ecléctico como el Pabellón de Mérida en París, en 1889. Es decir, que España siguió los cánones historicistas o eclécticos que el resto de los países participantes utilizaban en sus pabellones, eso sí, sin hacer alarde de los avances industriales o del imperio colonial en sus exposiciones. De hecho, lo que nunca faltaba en los pabellones españoles eran el flamenco, los toros, y algún que otro toque de arte hispanomusulmán, con la intención de mantener ciertos estereotipos que fomentaban el “exotismo” en territorio español.

En la EIA, sin embargo, España eligió con mucho cuidado los estilos arquitectónicos que la representarían. En la Plaza de España, el regionalismo debía subrayar la idea de nación unitaria: un proyecto arquitectónico en el que cada provincia está representada de forma individual pero que al mismo tiempo forma parte de un proyecto más amplio, el de la nación española. En la Plaza de América (originalmente de Honor) la iconografía hace hincapié claramente en la nueva proyección neocolonial española en América: el Pabellón Gótico hace referencia a la época de los Reyes Católicos, al “Descubrimiento” de América y a su posterior conquista/ colonización. El Pabellón Plateresco revela el protagonismo de Carlos V, las universidades y el Imperio en el que no se ponía el sol. Por último, el Pabellón Mudéjar hace una clara referencia a la habilidad española de acoger y asimilar la cultura de los pueblos conquistados.

A través de esta selección iconográfica, la Plaza de América no habla de América, sino del papel fundamental jugado por España en América. El único elemento que pretendía poner al mismo nivel a España y las nuevas repúblicas latinoamericanas, el Monumento a Cervantes, y por extensión a la lengua castellana, no llegó a realizarse por falta de fondos. Lo que más llama la atención de este discurso panhispanista es el eco que tuvo en las naciones americanas. Éstas, en la mayoría de los casos, utilizaron estilos historicistas o eclécticos que hablaban de la importancia – o no – que el cimiento colonial (la memoria u olvido del mismo) había jugado en la construcción de su identidad.

La mayoría de los pabellones latinoamericanos decidieron participar con una arquitectura en la que se podían identificar, por un lado, las raíces autóctonas precortesianas de cada país, sin olvidar, por el otro, la influencia española en su arquitectura, creando así estilos híbridos, mestizos, como en el caso de Perú o Colombia. También hubo cabida para pabellones en los que el componente español era el principal ingrediente, como en el caso de Argentina. Por último, cabe señalar los casos en los que el elemento colonial se eliminó conscientemente de la iconografía arquitectónica, diseñando así un pabellón netamente prehispánico, como hiciera el arquitecto mexicano Manuel Amábilis.

En mi opinión, la razón última de la celebración de la EIA habría sido materializar, a través de los pabellones arquitectónicos, permanentes, una nueva identidad para España: la EIA sería un monumento para conmemorar las nuevas relaciones entre España y sus excolonias. Del pasado se recuperan los elementos culturales comunes, que hablan de una identidad supra -estatal, y que borraría los aspectos negativos del pasado colonial. De esta manera, España dejaría de ser la “Madre” para ser una hermana más; de metrópoli de un gran imperio a simplemente otra nación, una igual. Pero al mismo tiempo la iconografía utilizada en la Plaza de América por Aníbal González, y en los pabellones americanos siguiendo los dictados de cada uno de los distintos gobiernos, se puso de relieve una relación no basada en la igualdad sino en la superioridad de España como líder espiritual en Latinoamérica.

Si bien el análisis de los pabellones tanto americanos como españoles es de gran interés para comprender las relaciones entre España y América en el primer cuarto del siglo XX, resulta también muy interesante analizar estos monumentos en el contexto actual. Los restos arquitectónicos de la EIA se han convertido en una suerte de huella del pasado desvestida de su significado, de ese discurso panhispanista obsoleto en la actualidad. Al contrario que en las exposiciones internacionales celebradas en el resto de Europa y América, los pabellones de la EIA no eran temporales, sino permanentes, ya que lo que se pretendía, en aquel momento, era generar una relación más sólida, con sedes consulares permanentes en la capital hispalense e incluso una Universidad Iberoamericana.

Sin embargo, la EIA resultó ser un fracaso: la poca afluencia de visitantes latinoamericanos (por motivos económicos, por la dificultad que implicaba viajar desde América hasta España, las altas temperaturas sevillanas y fundamentalmente la sombra proyectada por la Exposición Internacional de Barcelona) unida a la crisis económica internacional del '29, los cambios originados en el gobierno, desde la Segunda República a la dictadura franquista, pasando por la Guerra Civil; todos estos elementos unidos a la fragilidad del proyecto panhispanista contribuyeron al olvido, a la amnesia de un pasado reciente a pesar de la durabilidad de la arquitectura. El fracaso de la EIA condicionó la existencia de estos pabellones, que debían haberse convertido en sedes permanentes de las naciones latinoamericanas, de una presencia que no debía verse interrumpida de nuevo, pabellones que terminaron siendo apreciados y apropiados por la Universidad de Sevilla, institución que les ha devuelto la vida, pero no por ello la memoria.